

ISABEL ABEDI

Isola



ANAYA

Uno

*C*omo todos los años en esa época, era la única persona en el jardín de la Clínica Evangélica de Berlín. Eran las seis de la mañana, la luna seguía brillando en el cielo y las pequeñas luces centelleaban sobre el césped como ojos despiertos. Por una de las ventanas salían las calladas notas de una melodía de música clásica. Giró la cabeza escuchando con atención. La Mer, de Debussy. Sonrió como si la música fuera una señal, y eso era en realidad. Se acercó muy despacio al ángel de mármol blanco. La pequeña estatua se encontraba en un apartado rincón del jardín, junto a un abedul a cuyas ramas se agarraban las últimas hojas. Le pareció que ese año había menos hojas que otras veces. Retiró con cuidado el papel marrón que envolvía la orquídea y se la puso al ángel de mármol blanco entre las manos. El ángel no sonrió. Estaba inmóvil y mudo, como siempre. Soplaban un cortante y frío viento del norte y la niebla cubría la hierba como una suave manta. Pero la flor roja desprendía calor. Calor, luz y vida.

Nunca le habían gustado los cementerios, y no entendía por qué se iba allí a visitar a los muertos. Mirjam había pasado allí sus últimas horas, tras una de esas ventanas, un día exactamente como ese, diecinueve años antes. También eso era una señal para él. Era un buen día para decir adiós.

El viento soplaba ahora con más fuerza. Una hoja se soltó del abedul y se dejó llevar sin hacer ruido por el viento helado. Él la recogió en sus manos, retiró la escarcha de su superficie y volvió a observar la orquídea. La música que salía de la ventana se calló y el rojo intenso de la flor le recordó de pronto a la sangre fresca. Un escalofrío le hizo estremecerse.

—Lo siento tanto —susurró.

Luego se volvió y abandonó el jardín.

Había llegado la hora. Su avión salía dentro de tres horas, y al día siguiente estaría ya en la isla. Antes que los demás, naturalmente. Cuando ellos estuvieran volando, él ya estaría allí, esperándoles. Recordó de nuevo sus rostros, y los nombres que habían elegido para la isla. ¡Qué apropiados eran! Sobre todo el de Raphael.

Yo creo en la importancia de los nombres. Ya entonces creía en ella. Hay una cita de John Steinbeck que saqué alguna vez de una de mis lecturas escolares y de la que me acordé de pronto en el avión. «Nunca he tenido muy claro», escribe Steinbeck en *Al este del Edén*, «si el nombre toma la forma del niño o si el niño se transforma para convertirse en nombre. Una cosa está clara: si una persona tiene un mote, esa es la prueba de que en el bautizo le pusieron el nombre equivocado».

En mi caso ocurría todo lo contrario. Joy era el nombre que Erika y Bernhard habían elegido para mí, pero yo no me había convertido en una Joy. Mi nombre verdadero era Vera, y a ese nombre iba a volver. Cuando el avión empezó a deslizarse por la pista de despegue, deprisa, cada vez más deprisa, dije adiós. Adiós a Alemania, al frío y a la lluvia, a Erika y a Bernhard, y a Joy Reichert, mi

nombre alemán. Resulta difícil describir la mezcla de sentimientos que me invadió en ese momento con más fuerza y furia que el ruido que había a mi alrededor. Los motores empezaron a rugir, mi cuerpo se apretaba contra el asiento, todo vibraba. Me agarré con fuerza al reposabrazos y por un breve instante pensé que mi decisión de volar a la isla era una absurda locura. Luego, de pronto, todo se calmó. Habíamos despegado.

—¿Su primer vuelo?

El asiento a mi lado estaba vacío, pero más allá, junto al pasillo, había un hombre de cierta edad. Me sonrió con amabilidad. El acento brasileño de su voz hizo que el corazón se me acelerara aún más.

Yo asentí y pensé que es mejor no hablar si se va a mentir.

Luego miré por la ventanilla. Frankfurt desapareció entre las nubes.

Quint Tempelhoff debía estar ya en la isla. Seguro que había volado desde Berlín, mientras que nosotros, los actores de su película, tomábamos en Frankfurt el avión que nos llevaría a Río. Éramos doce, y aunque yo no conocía a los demás, seguro que el hombre que iba sentado en la misma fila que yo no era uno de ellos. Éramos seis chicos y seis chicas, y todos estábamos sentados en el mismo avión. Esa era parte de la escasa información sobre nuestro grupo que Quint Tempelhoff me había proporcionado cuando, a comienzos de octubre, me comunicó en su despacho que yo participaría en su nuevo proyecto cinematográfico.

Chicos y chicas, de pronto me di cuenta de lo poco apropiado que eso sonaba. ¿Pero habría sido más adecuado

decir hombres y mujeres? ¿Qué era yo, con diecisiete años? Si es cierto que la lengua alemana se compone de medio millón de palabras aproximadamente, entonces me pregunto por qué no hay un término para describir mi edad.

En Brasil ocurre lo mismo. *Menina* significa niña, *mulher* significa mujer. Pero en el lenguaje coloquial, por lo que sé, hay muchas formas de dirigirse al género femenino: *gatinha, gata, flor, brotinho...*

Sobre mi cabeza se apagó la luz que indicaba que era obligatorio ir con el cinturón abrochado.

Me pasé la lengua por los labios. Los tenía secos y agrietados a causa del frío. El invierno en Alemania se había presentado como siempre, bruscamente y sin avisar, para instalarse durante los próximos meses. Pero nosotros volábamos hacia el verano, y el gris de Alemania sería sustituido por un mar de colores.

Busqué con la vista a la azafata, que estaba ocupada delante, en primera clase. Tendría que esperar un rato hasta que pudiera traerme algo para beber. En su lugar aparecieron unos pelos revueltos de color lila en la fila de delante.

—¡Eh! ¿Eres uno de ellos?

Yo me sobresalté.

Los pelos revueltos pertenecían a una..., me decidí por: chica, gordita. En cualquier caso, parecía más joven que yo. Llevaba un vestido largo y vaporoso de incontables trozos de tela azul, lila y verde, con lentejuelas y pequeños cristales cosidos encima. La joven llevaba los labios pintados de negro azabache y mostraba una amplia sonrisa mientras sus ojos de color marrón dorado me

examinaban con curiosidad. Antes de que yo pudiera contestar, la chica pasó por delante del señor de cierta edad murmurando un «...sculpe» y se dejó caer en el asiento vacío que había junto a mí. Desprendía un olor dulce, como a almizcle y pachuli, algo indio en cualquier caso, y yo contuve la respiración sin querer.

—¿Vas a la isla, verdad? —La sonrisa se hizo más amplia, luego la chica me tendió la mano, una mano en cuya muñeca tintinearón tres pulseras de abalorios, y, sin esperar una respuesta, se presentó como «Elfe».

—Ese es mi nombre en la isla, creo que el verdadero no importa, ¿no? Bueno, apuesto lo que sea a que tú eres uno de ellos. ¿Cómo te llamas?

Pensé por un instante si realmente quería hablar con esa especie de duende. La idea de que en las doce horas siguientes tendría que respirar su dulzón olor a almizcle me puso más nerviosa de lo que ya estaba. Pero, curiosamente, algo de ella me gustó, y tal vez me sirviera para distraer la atención de mí misma.

—Vera —dije.

—¿Vera? —Elfe arrugó la frente—. ¿De verdad o en la isla?

Yo vacilé.

—En la isla.

—¡Hm! —Elfe se quitó los zapatos e intentó sentarse a lo buda en el estrecho espacio del asiento del avión, dándole sin querer un golpe al señor de cierta edad. «¡Sculpe...!»». Rebuscó en el bolsillo de su vestido, sacó un trozo de papel de periódico doblado, lo desdobló y me puso delante de las narices un artículo con una foto de Quint Tempelhoff.

—Lee lo que pone sobre nuestro proyecto —dijo. Pero antes de que yo pudiera hacer lo que me decía, puso el dedo sobre la foto de nuestro director—. ¿Estuviste en las tomas de prueba en el estudio de Tempelhoff? ¿Qué te pareció? —Elfe arrugó su diminuta nariz—. Tiene unos ojos extraños, ¿verdad? ¿También a ti te pasó revista? ¿Dónde te descubrió? ¡sculpe! —Elfe había vuelto a darle un golpe al señor de cierta edad, pero no parecía dispuesta a cambiar de postura.

Yo no pude evitar sonreír. No entendía mucho de cine, y mucho menos de proyectos de ese tipo, pero si los demás miembros de nuestro grupo eran tan raros como esa tal Elfe, iba a ser una mezcla explosiva.

Observé la foto de Quint Tempelhoff. Al igual que en nuestro primer encuentro, enseguida me llamaron la atención sus zapatos de distinto color. Eran unos zapatos de cordones, abotinados, de una piel brillante y sin duda muy cara... uno negro y el otro rojo. Tal vez fueran una especie de marca de Quint Tempelhoff, pero en nuestro primer encuentro a mí ya me parecieron algo afectados.

Y sus ojos eran realmente extraños, lo mismo había pensado yo durante la entrevista del *casting*. Pequeños, negros, redondos. E increíblemente rápidos. Resultaba inquietante el modo en que se movían tras las gafas rojas de concha, deslizándose muy deprisa de un lado a otro, para luego fijarse de pronto en uno con una mirada penetrante, desafiante.

A mí me habían asustado esos ojos.

Pero otra cosa hizo que también me sintiera intranquila en presencia de ese hombre. Su autoridad despótica, casi inquietante, no se reflejaba solo en sus gestos,

sino también en su rostro. Un rostro delgado, anguloso, con un hoyuelo en la barbilla y unas profundas líneas alrededor de la boca. Erika había dicho que esas líneas eran arrugas de dolor, consecuencia de la triste infancia que había tenido el director; pero Bernhard había sacudido la cabeza sonriendo y murmurando: «¡Tú y tu manía psicoterapéutica de leer el pasado en el rostro de todas las personas!».

Pero la voz de Tempelhoff era profunda y cálida.

Se había dirigido a mí tras nuestra actuación de baile, aunque naturalmente el proyecto había tenido mucha publicidad y seguro que se habían presentado miles de jóvenes a las pruebas. Quint Tempelhoff, cuyo último proyecto había sido galardonado con el premio europeo de cinematografía, era una estrella famosa y su nuevo proyecto cinematográfico había dado pie a muchos titulares y controversias.

Eché una rápida ojeada al artículo.

Tempelhoff is watching you. ¿No le gusta a la crítica? Con ocasión de la concesión del premio europeo de cinematografía, el famoso director Quint Tempelhoff ha hablado de sus planes para el futuro, desatando entre los críticos un debate de proporciones sorprendentes. Pues, en contraposición al tono intelectual de sus películas anteriores, Tempelhoff ubica su proyecto más reciente en el mismo centro de la cultura popular. Con el trasfondo de los reality shows tan de actualidad, el varias veces galardonado director lleva este principio al extremo y envía a doce jóvenes de edades comprendidas entre los dieciséis y los diecinueve años a una pequeña isla frente a la costa de Brasil durante tres semanas. Los participantes solo podrán llevar con-

sigo tres objetos a una isla estrechamente vigilada por cámaras que originalmente se utilizó en un proyecto de resocialización de presidiarios. El proyecto fracasó, pero allí quedaron las cámaras, que vigilan cada rincón de la isla y cuya técnica aprovecha ahora Tempelhoff para poder filmar a sus conejillos de Indias sin ser visto. A la pregunta de si con estos vídeos creará al final también una película, Tempelhoff responde con su frase favorita: «¡Ya veremos!». Aparte de esto, Tempelhoff ha tenido que enfrentarse a la cuestión de si con un proyecto de este tipo no se superan los límites del simple voyeurismo, en el que él basa su creación. ¿Basta con adaptar a los medios cinematográficos las reglas que son válidas para «Gran Hermano» para que arrecien las críticas contra ese mismo medio? Eso, utilizando las propias palabras de Quint Tempelhoff, ya se verá.

—Muy duro, ¿no? —Elfe me quitó la revista de las manos—. Pero ahora dime, ¿cómo te presentaste ante Tempelhoff? Todavía puedes hablar con toda tranquilidad... ¿o es que piensas que el maestro ha instalado también sus cámaras ocultas en el avión? ¡Oh... sculpe...!

El hombre que estaba sentado junto a Elfe se puso de pie.

Elfe se sonrojó.

—Yo no quería...

—Está bien. Allí quedan algunos asientos libres. —El hombre de cierta edad me guiñó un ojo y me dejó allí sola con Elfe.

—Tempelhoff me vio en una actuación de baile.

—¿Baile? —Elfe me miró con los ojos como platos—. ¡Yo creía que Tempelhoff solo había cogido a gente de las escuelas de interpretación!

—Pues es evidente que no. —Yo no tenía nada que ver con la interpretación, era demasiado tímida para eso. Bailar era algo distinto. No había que hablar, sobre todo con Sabiá, mi profesor brasileño. Yo llevaba mucho tiempo en su grupo, y la actuación en Fabrik, en Hamburgo, había sido nuestra primera gran aparición en público. Ante más de cuatrocientos espectadores representamos las danzas de Orixás, los dioses brasileños del culto candomblé. Mi parte estaba dedicada a la diosa Yansá. Es la señora de los rayos y los vientos, pero también la reina de los muertos, y en Brasil se la venera como una guerrera poderosa y valiente. Acompañada por los atabaques y el berimbau de Sabiá, tenía que expresar el carácter salvaje, indómito de Yansá, y como me ocurre siempre que bailo, me olvidé de todo lo que había a mi alrededor. Cuando después de la representación Quint Tempelhoff se presentó en mi camerino para preguntarme si me interesaría participar en su próximo proyecto cinematográfico, casi me da un ataque. Luego sucedió todo muy deprisa: la invitación de Tempelhoff al *casting* de Berlín, las informaciones acerca del proyecto y, por último, la aceptación y la entrevista con mis padres alemanes.

Lo más difícil había sido convencer a Erika, y al final había sido Bernhard el que me había dado la autorización.

—Joy se irá algún día, con o sin nosotros. Tal vez sea mejor así.

De pronto sentí la boca seca. Miré por el pasillo. ¡Ojalá llegara pronto la azafata con las bebidas!

—Yo hago teatro clásico —dijo Elfe—. Cerca del colegio, claro. Estoy en primero de bachillerato, ¿y tú? —Elfe ni siquiera esperó a que yo contestara—. En cualquier caso,

mi profesora conoce a Tempelhoff, una vez dio clases con él. Al parecer tiene muy mal genio. Me pregunto si llegaremos a verle alguna vez en la isla. —Elfe se pasó la mano por su revuelto pelo color lila, haciendo sonar sus abalorios—. Yo fui al *casting* de Berlín en cuanto me avisaron, y ¡tachán!... tres semanas más tarde me tocó la lotería. ¿Tú también tuviste que decirle el nombre que tendrás en la isla? Cuando yo le dije el mío se sonrió, y también hizo un gesto con la cabeza cuando le dije los tres objetos que llevaría conmigo. ¿Cuáles son los tuyos? Los míos están en la mochila, tengo que mirar a ver si sigue en su sitio. Me resultó muy difícil decidirme. En la habitación tendremos crema solar y cepillo de dientes, digo yo, ¿no? ¿Y a ti también te tomó medidas la estilista? —Elfe se revolvió en su asiento—. Espero que no haya vaqueros en mi armario. Yo no me meto en unos pantalones por nada del mundo, eso te lo digo ya. ¡Estoy tan nerviosa que creo que voy a estallar!

Yo suspiré. Eso ya se veía. Pero yo también estaba muy nerviosa. Aunque a mí no se me notaba tanto o mejor dicho: a mí no se me notaba nada. Cuanto más nerviosa estoy por dentro, más tranquila parezco por fuera. Al parecer, eso ha sido siempre así. Eso me había dicho Erika.

—Tranquila —decía—. Eras tranquila y callada como una muñeca cuando te...

Apreté los labios con fuerza. No, no pienses en eso, ahora no, aquí no.

Por fin llegó la azafata. Elfe pidió un zumo de tomate con sal y pimienta, yo solo agua. Elfe se bebió su zumo de un trago y se limpió con la mano la barba roja que le había salido alrededor de sus labios pintados de negro.

—Ven, vamos a ver si encontramos a alguno más del grupo. La rubia de ahí enfrente podría ser una de las nuestras, ¿no crees? —Elfe estiró un dedo y señaló a una chica que estaba sentada una fila por delante de nosotras. Sus rizos rubios colgaban sobre el respaldo del asiento. Cuando Elfe silbó, la chica se volvió. «Una Barbie con vida», eso es lo primero que pensé al verla. En un primer segundo la chica pareció sorprendida, luego escaneó a Elfe con la mirada, de arriba abajo y de abajo arriba. En sus labios apareció una sonrisa burlona. Elfe resopló ofendida.

—¿Qué bicho le habrá picado? —murmuró. Luego se giró, se puso de rodillas en el asiento y empezó a inspeccionar las filas a nuestra espalda.

—¡Mira, ahí atrás! ¡Me apuesto lo que sea a que ese también es de los nuestros!

Yo giré la cabeza de mala gana.

Y entonces lo vi por primera vez.

Estaba sentado tres filas más atrás que nosotras. Tenía el pelo negro, largo, hasta los hombros, y la cabeza inclinada sobre una revista. Pero de pronto, cuando notó que le mirábamos, el chico alzó la mirada. Era claramente mayor que yo. Tenía la cara delgada y unos enormes ojos oscuros. Pero no miraba a Elfe, sino a mí.

Y entonces sonrió. Hasta entonces yo no había visto nunca a un alemán con una sonrisa tan cálida y sincera, y tal vez fuera eso lo que al instante me atrajo de él. Aunque... no. Yo creo que lo que me atrajo de él en ese primer segundo fue otra cosa. Algo que se ocultaba en su sonrisa y que yo conocía, sí, lo conocía muy bien. En su sonrisa había soledad.

Hice algo que no había hecho nunca. Le devolví la sonrisa.

Luego el chico volvió a inclinar la cabeza sobre la revista.

—¿Ves? —dijo Elfe con tono triunfal—. Te apuesto lo que quieras a que ya tenemos al número cuatro. —Se rio para sus adentros—. Creo que le has gustado. Al menos no parece tan arrogante como la rubia tonta. ¡Qué curioso! —Elfe se giró para mirar otra vez al chico—. Me resulta conocido. ¡Ven, vamos a preguntarle si forma parte del equipo! —Elfe me tiró de la manga, pero yo sacudí la cabeza.

—¡Déjame! Necesito descansar un poco. No he podido dormir mucho esta noche.

—¡Vaya! —Elfe frunció el ceño—. Pero guárdame el sitio, ¿vale?

Luego se dirigió hacia donde se sentaba el chico. Un par de segundos más tarde llegó su voz aguda hasta mis oídos.

Cerré los ojos.

El avión había alcanzado ya su altura de vuelo y el piloto comunicó al pasaje las primeras informaciones sobre la travesía. Haríamos escala en Sao Paulo y llegaríamos a Río de Janeiro a la mañana siguiente, en torno a las seis, hora de Brasil.

De pronto sentí mucho calor, un calor desagradable, incómodo, que apenas podía soportar. Cogí la mochila que llevaba en el suelo entre los pies y la abrí.

La vela blanca.

El encendedor.

La foto de Esperança.

Esas eran las tres cosas que llevaría conmigo a la isla.